Mitos y leyendas de México 1

Laura Silvia Iñigo Dehud, comp.

Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Facultad de Artes

Mitos y leyendas de México 1

Laura Silvia Iñigo Dehud, comp.

Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Facultad de Artes

Iñigo Dehud, Laura Silvia

Mitos y leyendas de México I / Laura Silvia Iñigo Dehud.. - -
México : Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2013.

58 p. : il. col.

ISBN 978-607-7771-92-0

1. Mitología mexicana – Obras ilustradas 2. Leyendas mexicanas – Obras ilustradas I. tit.

LCC F1227.2 DC 398.20972

Compilación
Laura Silvia Iñigo Dehud

Cuidado Editorial y Corrección de estilo
Liliana Iñigo Dehud

Diseño y Coordinación editorial
Laura Silvia Iñigo Dehud

Ilustración
Enid Aguirre Cerón
(La piel del venado, Mito del tlacuache, El conejo de la luna, El Mayab)

Irving Aaron Mendoza Hernández
(Las manchas del ocelote, La leyenda del maíz, Las plumas del pavo real)

Ana Gabriela Osorio Gleason
(Cuando el tunkuluchú canta, La leyenda del sol y la luna)

Laura Silvia Iñigo Dehud
(Kapsis... estrella de mar)

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Derechos de autor: No Registro: 03-2013-010713134200-14

ISBN: 978-607-7771-92-0 (impreso)

ISBN: 978-607-8519-49-1 (pdf)

CONTENIDO

ILUSTRADOR	TÍTULO	
Enid Aguirre Cerón	**La piel del venado**	4
Irving Aaron Mendoza Hernández	**Las manchas del ocelote**	8
Ana Gabriela Osorio Gleason	**Cuando el tunkuluchú canta**	16
Enid Aguirre Cerón	**Mito del tlacuache**	22
Irving Aaron Mendoza Hernández	**La leyenda del maíz**	30
Laura Silvia Iñigo Dehud	**Kapsis... estrella de mar**	34
Enid Aguirre Cerón	**El conejo de la luna**	40
Irving Aaron Mendoza Hernández	**Las plumas del pavo real**	44
Ana Gabriela Osorio Gleason	**La leyenda del sol y la luna**	50
Enid Aguirre Cerón	**El Mayab**	54

La piel del venado

Se cuenta que hace muchos, muchos años, la piel del venado no era como hoy la conocemos. Los mayas dicen que antes el venado tenía la piel clara, casi blanca, lo cual lo ponía en desventaja, porque permitía a sus cazadores verlo aun a grandes distancias y lo hacía presa fácil. El venado era muy apreciado porque con su piel producían escudos para los guerreros, y su carne era muy valorada por su sabor. Se dice que estuvo a punto de desaparecer de la zona de El Mayab.

Un día, un joven venado se acercó a un arroyo para beber agua; de pronto, vio que un grupo de cazadores se acercaba con arcos y flechas en mano. Muy asustado, el venado corrió velozmente para refugiarse de las flechas que pasaban rozando su cuerpo. En su desesperada carrera, resbaló y cayó, lastimándose una pata. Con dificultad logró adentrarse en una cueva oculta. En esta cueva vivían tres sabios que, al escuchar los lamentos, se acercaron y curaron las heridas del joven venado.

Éste les narró lo que había sucedido, y los sabios permitieron que se resguardara en la cueva hasta que sus heridas estuvieron totalmente sanadas. El venado estaba muy agradecido y no se cansaba de lamer las manos de los sabios.

ENID
BALAM
2012

Cuando llegó el momento de la despedida, uno de los sabios dijo:

—¡Espera!, queremos hacerte un regalo, pídenos lo que más desees.

El venado, sin pensarlo, dijo:

—Lo que más deseo es que los venados estemos protegidos de los humanos, ¿pueden ayudarme con eso?

—Claro que sí —aseguraron los sabios.

Lo llevaron fuera de la cueva, y uno de los sabios tomó un poco de tierra húmeda y la frotó en la piel del venado; al tiempo que otro pedía al sol que con sus rayos tostara su piel.

Así, poco a poco, la piel del venado comenzó a tornarse más oscura y le aparecieron manchas del color de la tierra de El Mayab.

Finalmente, el tercer sabio dijo:

—Desde hoy, la piel de los venados tendrá el color de nuestra tierra, y con ella será confundida. Pero si aun así están en peligro, podrán entrar a lo más profundo de nuestras cuevas para protegerse.

El venado agradeció a los sabios y corrió a darle la noticia a sus compañeros.

Desde entonces, y hasta el día de hoy, los venados que habitan la tierra de El Mayab agradecen a los sabios el regalo que les dieron.

ENID
BALAM
2012

Las manchas del ocelote

Cuando la tierra aún no estaba poblada por humanos, todo era un paraíso, las plantas y los animales convivían felices y en armonía.

En el Cerro de Huizachtécatl (hoy Cerro de la Estrella), en las tierras de Iztapalapa, vivía un hermoso ocelote.

El ocelote tenía la piel dorada, suave y sin una mancha; además, el ocelote era un animal tranquilo y amigable; su alimento consistía en frutos y raíces.

Era hermoso, tenía ojos brillantes, y su caminar era majestuoso. Todos lo consideraban el señor de los animales.

El amigable animal disfrutaba descansar a la sombra de los árboles y escuchar los sonidos del bosque. Por las noches, se acercaba a beber el agua de la laguna, y al mirar su reflejo en las trasparentes aguas se sentía feliz.

Aquel ocelote era un soñador; no sólo gozaba al admirar las maravillas de naturaleza virgen, sino que también disfrutaba sentarse sobre sus patas traseras y contemplar, durante horas, el cielo estrellado.

Tal vez por ser un gran observador conocía a todos los habitantes del cielo. Amaba a la Señora Meztli (Luna), a Citlapul (Estrella Venus), a Citlapoca (Estrella Humeante).

Solamente él sabía distinguir a Manal Huiztli (El Perforador del Fuego / Orión); a Tianquizlli (Mercado / Siete Cabritillas). También reconocía a Xonecuilli (zigzag de Estrellas / Can Mayor); a Nauhxihuitl (Cruz del Sur); a Itzpapalotl (Blanca Mariposa / Osa Mayor) y a Tezcatlipoca (Espejo que Humea / Osa Menor).

Una noche, con asombro descubrió en el cielo, que tan bien conocía, a una brillante estrella con una hermosa y larga cola.

El ocelote la observó durante varias noches; allí estaba la entrometida, atreviéndose a cruzar los caminos del cielo nocturno, luciendo un porte que parecía de gran señora.

Al ocelote le molestó su actitud. Él sólo conocía a una gran señora, la señora del cielo llamada Meztli (Luna), y aquella estrella desconocida parecía querer opacar la belleza de la reina del cielo.

Una noche en que sorprendió a la inoportuna peinando su larga cabellera, escuchó la voz de Citlapul (Estrella Venus), quien le dijo:

—Amigo, tú que entiendes nuestro lenguaje, quiero decirte que no te impacientes con la intrusa que está muy a gusto en nuestro cielo; es una simple viajera que no tardará en alejarse.

Aun con las explicaciones de Citlapul, el ocelote sentía que era su obligación odiar a la entrometida. Así,

una noche levantó la cabeza hacia el cielo para mirar bien a la viajera y le gritó lo más fuerte que sus pulmones le permitieron:

—Escúchame bien, entrometida, yo amo a la señora Meztli (Luna), y admiro a todas sus hijas, las estrellas (Citán). Desde que nací las he visto llenar de luz el manto azul del cielo; así que quiero saber, ¿tú qué haces allí?

La Citlaltipoca (Serpiente de estrellas / Cometa) detuvo su viaje por el cielo, y sumamente molesta le contestó:

—¿Me hablas a mí? Yo soy merecedora de la admiración de los dioses. Y tú, insignificante criatura, ¿quién te crees para cuestionarme así? Escúchame bien: no vuelvas a dirigirte a mí, y menos con esa altanería tuya.

Furioso, el jaguar respondió:

—Todas las noches hablo con la señora Luna y sus hijas, las estrellas; ellas son mis amigas, a pesar de mi insignificancia. Yo las amo, por eso exijo que te marches por donde llegaste, y no quieras opacar la belleza y luz de la señora Meztli.

—Pues quiero que sepas, pobre ocelote, que poseo tanta belleza como maldad. Mi presencia en el cielo advierte la muerte de un alto gobernante, sea príncipe, rey o guerrero. Y, por si fuera poco, también anuncio hambre y la guerra. Así que más te vale respetarme.

El ocelote, lleno de impaciencia oyó las advertencias de Citlaltipoca, y sin importarle ser víctima de la malvada estrella, gritó:

—¡Tú jamás serás la señora del cielo! ¡Sólo eres una siniestra intrusa!

Le dio la espalda y se dirigió a su cueva.

La Citlaltipoca enfureció, tomó varias flechas de su luminosa cola y se las arrojó al ocelote, al mismo tiempo que le decía:

—No tienes idea de lo que puedo hacer, ¡soy la estrella que tira flechas!

Un lastimoso rugido se escuchó en el Cerro de Huizachtécatl (Cerro de la Estrella), y la piel del jaguar, que alguna vez fue dorada, suave y sin mancha, ahora quedó quemada en varias partes. Desde entonces, el jaguar tiene la piel manchada de negro.

Cuando el tunkuluchú canta...

En El Mayab se cuentan muchas historias sobre una misteriosa ave, el tunkuluchú o tecolote. Se dice que le gusta la soledad y que habita las áreas ocultas de la selva.

Algunos le temen porque pasea por cementerios en las noches oscuras y, se dice también, que tiene un gusto especial por la muerte. Hay quienes cuentan que una bruja al morir se convirtió en tecolote.

Otros narran una leyenda que habla de una época lejana, cuando todas las aves buscaban al tunkuluchú para que les diera un consejo, porque se consideraba la más sabia y prudente de las aves. Todas lo respetaban.

Un día, el tunkuluchú recibió una invitación para asistir a la fiesta del reino de las aves. Y aunque al tunkuluchú no le gustaba participar en festejos, esta vez decidió ir, pues no quería desairar a sus anfitrionas.

Llegó el día esperado, y el tunkuluchú se presentó con sus mejores trajes. Todos estaban asombrados de verlo, pues no esperaban que se presentara en aquella reunión.

Inmediatamente le ofrecieron el lugar de honor en la mesa y le ofrecieron los bocadillos más exquisitos, todo acompañado con balché o licor maya.

Pero el tunkuluchú no acostumbraba beber. Después de unos cuantos sorbos se emborrachó. Lo mismo ocurrió con los demás invitados, por lo que la fiesta se convirtió en desmanes y risas escandalosas.

Entre los más divertidos estaba el pájaro chom, quien tomó flores que adornaban la mesa y las colocó sobre su cabeza pelona, caminaba haciendo zigzag, y cada vez que tropezaba con alguien, moría de risa. A la pobre chachalaca le sucedió lo contrario; ella que siempre es escandalosa, esta vez se quedó silenciosa intentando mantener los ojos fijos en un punto.

Cada ave quería ser la más graciosa y, sin querer, el tunkuluchú le ganó a todas. Estaba tan borracho que le dio por hacer bromas mientras daba vueltas en una de sus patas, sin importarle caerse constantemente.

Así transcurría la fiesta, cuando pasó por ahí un joven famoso por ser bromista y que le gustaba molestar a otros. Al oír el alboroto que hacían los pájaros se metió a la fiesta buscando la oportunidad de divertirse a costa de los demás, y claro que tuvo oportunidad de hacerlo, sobre todo después de que él también se emborrachó con el balché.

El joven comenzó a burlarse de cada ave que cruzaba su camino, pero pronto llamó su atención el tunkuluchú. Sin pensarlo, corrió tras él para jalar sus plumas, mientras el mareado pájaro corría y se resbalaba una y otra vez. Después, el muchacho arrancó la espina de una rama y comenzó a picar sus patas; y aunque el pájaro las levantaba, lo único que logró fue que las

aves creyeran que le había dado por bailar y se rieran de él a más no poder.

Finalmente, el joven se quedó dormido y fue hasta entonces que dejó de molestar. La fiesta llegó a su fin y cada una de las aves regresó a su nido, todavía con el efecto del balché.

Al recordar lo sucedido, algunas aves se carcajeaban del tremendo espectáculo que dio el tunkuluchú. Y el pobre tunkuluchú se sentía molesto y avergonzado, pues sabía que después de aquella fiesta ya nadie lo respetaría.

Pasaron los días y su molestia se convirtió en rabia; entonces, decidió vengarse del joven que provocó su ridículo.

Durante noches enteras pensó en cómo castigaría al muchacho. Era tanto su rencor, que decidió que todos los hombres pagaran por la ofensa que había sufrido. Así, encontró en sí mismo la forma de desquitarse, optó por usar su finísimo olfato. Recorrió todas las noches los cementerios hasta aprender a reconocer el olor de la muerte; eso era lo que necesitaba para su venganza.

Desde entonces, el tunkuluchú le anuncia al maya cuando se acerca la hora de su muerte. Se posa cerca de los lugares donde olfatea que pronto morirá alguien y canta muchas veces. Por eso dicen que cuando el tunkuluchú canta, el hombre muere.

Mito del tlacuache

En los altos de Jalisco se cuenta que, hace muchos años, sus habitantes los huicholes no contaban con el fuego, y esto hacía su vida difícil: No había con qué calentarse en las noches de invierno en los confines de la sierra ni cómo cocinar sus alimentos. Hombres, mujeres, niños y ancianos, sufrían mucho. En esos tiempos, todavía no sabían cultivar la tierra y vivían dentro de cuevas o en los árboles.

Un día, el fuego se soltó de alguna estrella y cayó en la tierra provocando el incendio de los bosques.

Los habitantes de un pueblo vecino, que eran enemigos de los huicholes, se quedaron con una rama encendida y no dejaron que el fuego se apagara. Organizaron un poderoso ejército encabezado por el tigre, y formaron grupos para cuidar celosamente que nadie les robara el preciado elemento; principalmente lo cuidaban de los huicholes. Varios de ellos que intentaron tomar el valioso tesoro, murieron víctimas de una lluvia de flechas.

En una reunión de animales, celebrada dentro de una cueva, el venado, el armadillo y el tlacuache, quienes eran amigos de los huicholes, se preguntaban qué podían hacer para llevar a sus amigos el valioso tesoro, pero no llegaban a ningún acuerdo. Entonces, el tlacuache, que era el más pequeño de todos, propuso:

—Yo voy por el fuego.

EVID
BALAM
2012

Todos se rieron de él. Y el venado le dijo:

—¿Cómo piensas hacerlo? Eres tan chiquito, tan insignificante...

El tlacuache, muy orgulloso, contestó:

—No se burlen, ya verán como cumplo mi promesa. Sólo les pido que cuando llegue me ayuden a alimentar el fuego para que no se apague.

Una noche, el pequeño animalito salió de la cueva y se acercó a las viviendas de los enemigos de los huicholes, se hizo bolita y esperó. Pasó una semana completa sin moverse, hasta que los habitantes del pueblo aquel se acostumbraron a su presencia. Al séptimo día, cuando aún no amanecía, el tlacuache vio que todos los guardias dormían, sólo el tigre se mantenía despierto. Poco a poco y con mucho cuidado se fue acercando al fuego hasta que estuvo tan cerca que pudo meter su cola en la lumbre. Una vez que se encendió su cola se formó una enorme llama que iluminó el campamento, y el tlacuache echó a correr.

Al principio, el tigre creyó que la cola del tlacuache era un leño; pero cuando lo vio correr empezó a perseguirlo. Éste, al ver que el tigre le pisaba los talones tomó una rama, la prendió con el fuego de su cola y la guardó en su marsupio o bolsa.

El tigre lo buscó durante varios días hasta que lo encontró descansando, con las patas apoyadas sobre una peña, disfrutando del paisaje. Furioso, se lanzó sobre de él.

—Pero, ¿por qué tan enojado? —preguntó con aire inocente el tlacuache— ¿no ves que estoy sosteniendo

ENID
BALAM
2012

el cielo para que no nos caiga encima? Mejor quédate en mi lugar mientras yo voy por alguna rama grande para detener el cielo.

El tigre creyó la historia. Se colocó en el lugar que ocupaba el tlacuache mientras este salió disparado.

Pasaron las horas y el tigre ya se había cansado. Y pensó:

—¿Qué andará haciendo este tlacuache que no viene?

Siguió esperando, sin moverse. Pronto ya no pudo más. Se levantó con mucha cautela del lugar, esperando que en cualquier momento se le viniera el cielo encima. Cuando se dio cuenta que no pasaba nada, que todo seguía en su sitio, supo que, por segunda vez, el tlacuache lo había engañado.

Enfurecido, salió a buscarlo. Lo halló comiendo granitos de maíz en la cima de una roca.

En cuanto el tlacuache lo vio venir hizo como que contaba los granos y se apresuró a decirle:

—¡Mira lo que encontré! ¡Muchas monedas! Con ellas podemos comprar quesos que venden en aquella casa que está abajo.

—¿Pero cómo llegaremos? Está demasiado lejos —dijo el tigre.

—Es fácil. Sólo tenemos que saltar. Yo lo he hecho varias veces sin que me pase nada —dijo muy convincente el tlacuache.

El tigre se quedó un momento pensativo y agregó:

—Está bien, pero saltaremos juntos. Esta vez no me vas a engañar.

ENID
BALAM
2012

Mientras el tigre recogía granos de maíz pensando que eran monedas, el tlacuache aprovechó para encajar su cola en una grieta de la roca, sin que el otro se diera cuenta.

El tigre y el tlacuache se pararon en la orilla de la gran roca, contaron hasta tres y saltaron. El tlacuache saltó, pero no se movió de su sitio, pues tenía la cola encajada. El tigre, en cambio, saltó tan alto que voló derechito hacia la luna.

Finalmente, el tlacuache llegó al lugar donde estaban los otros animales y los huicholes. Allí, ante el asombro y la alegría de todos sacó de su bolsa la rama encendida.

Inmediatamente, formaron una hoguera con ramas secas. Cuidaron y alimentaron el fuego hasta que se formó una brillante llama.

Después, curaron las heridas del tlacuache, este generoso animal que tantas accidentadas aventuras pasó para llevarles el fuego.

Desde entonces, los huicholes disfrutaron de los beneficios del fuego y los tlacuaches perdieron para siempre el pelo de su cola; pero viven contentos porque saben que dieron una gran ayuda al pueblo.

En cambio, se cuenta que el tigre fue a dar a la luna; por eso, cuando hay luna llena, podemos ver su sombra con el hocico abierto.

EVID
BALAM
2012

La leyenda del maíz

Cuentan que antes de la llegada del dios Quetzalcóatl, los antiguos mexicanos sólo se alimentaban de raíces y de algunos animales que cazaban.

No contaban con el maíz, este cereal tan rico y nutritivo, porque estaba escondido detrás de las montañas.

Otros poderosos dioses probaron separar las montañas para conseguirlo; pero, aun usando su gran fuerza, no lo lograron.

Los antiguos mexicanos fueron a plantearle este problema al dios Quetzalcóatl.

—No se preocupen —respondió—, yo se los traeré.

El poderoso dios usó su ingenio, se transformó en una hormiga negra y, acompañado de una hormiga roja como guía, se dirigió a las montañas.

El trayecto estuvo lleno de complicaciones, pero el dios Quetzalcóatl que sólo pensaba en el bienestar de su pueblo las superó. No se dio por vencido por el riesgo ni por el cansancio que representaba aquel viaje.

Quetzalcóatl, transformado en hormiga siguió las indicaciones de su compañera, la hormiga roja; llegó hasta donde estaba el maíz, tomó un grano maduro entre sus mandíbulas y comenzó el retorno.

A su regreso, entregó el prometido grano de maíz a los indígenas.

Los antiguos mexicanos plantaron la semilla y obtuvieron así el maíz que desde entonces alimenta a los hombres.

El valioso grano cambió sus vidas: aumentó sus riquezas, se volvieron más fuertes, construyeron ciudades, palacios y templos.

A partir de ese momento, los antiguos mexicanos veneraron al dios Quetzalcóatl, el dios amigo, el dios que les trajo el maíz.

Kapsis... estrella del mar

Todos los días después de terminar sus labores del día Kapsis, la hija preferida del jefe Haas, solía acurrucarse sobre una roca y disfrutar mirar el ir y venir de las olas.

Pasaba horas y horas inmóvil y en silencio. Esto sorprendía a todos los del pueblo. Parecía, decían, que Kapsis esperara ver salir del fondo del mar a Xtamosbin (tortuga marina), diosa de los seris.

Todos los días que los pobladores llegaban de la bahía de Quino a tierras de Isla de Tiburón, Kapsis, después de buscar entre las rocas de la playa especies del océano que las aguas traían consigo, corría a protegerse en su lugar preferido de la playa para admirar, sin cansarse, el cielo y el mar.

Su padre, el gran jefe Haas, había pedido al brujo del pueblo que deshiciera el hechizo que, creía, se había apoderado de su hija; porque el gran jefe Haas y los miembros del pueblo no se explicaban el porqué a Kapsis no le interesaba relacionarse con sus semejantes; y a pesar de ser tan linda y joven, se negaba a bailar y a seguir los compases de los cantos de la gente del pueblo cuando realizaban sus festejos. Para Kapsis no había otra cosa más importante que contemplar el paisaje del mar bravío que desataba a veces

terribles tormentas mientras ella se protegía en la playa.

Lo que nadie sabía era que Kapsis tenía un secreto: Estaba enamorada de una brillante estrella del cielo.

Una noche llegó hasta ella el brujo, a quien pidiera el gran jefe curara a su hija, pues todo el pueblo aseguraba que un malvado tiburón la había embrujado. El brujo echó mano de todas sus cualidades mágicas, colocó sus manos en forma de círculo sobre su frente, cerró los ojos y dijo con voz fuerte y clara: fuuu, fuuu, fuuu. Sin embargo, Kapsis lo miró sin ningún interés y, sin decir una palabra, se alejó de su lado.

Al caer la noche, Kapsis volvió al mar, y con agitación miró hacia el cielo buscando la brillante estrella. Al encontrarla resplandeciente en medio de la bóveda celeste deseó con todo su corazón que nunca terminara la noche para disfrutar por horas y horas su belleza.

De repente, como si su deseo hubiera sido escuchado, vio cómo su favorita y adorada estrella se desplazaba por el cielo; viajaba atravesando el azul oscuro con la misma velocidad que lo hacen los dardos de punta de pedernal que lanzan los guerreros cuando cazan, así la estrella surcaba el espacio. Los ojos vivaces de Kapsis no perdían detalle de la estela luminosa que dejaba la estrella en su camino, hasta que la vio caer en el mar.

Estremecida por lo que acababa de presenciar corrió en busca de un bote, remó frenéticamente hasta llegar al lugar donde creyó haber visto caer a la estrella y, sin pensarlo, se arrojó al agua para salvarla. Nadó por las profundidades en busca de la estrella hasta llegar al fondo del mar. Durante su rápido descenso golpeó

contra una roca, lo que le provocó la muerte. Kapsis quedó inmóvil en las profundidades del mar con los brazos abiertos, y todo por querer salvar a una estrella que se ahogaba.

Xtamosbin, la sagrada tortuga marina, al verla tan pálida y quieta se conmovió; se acercó a Kapsis y puso sus manos sobre su cuerpo inmóvil, convirtiéndola en una hermosa estrella de mar.

Desde entonces, Kapsis sería feliz en el mundo marino, formaría parte de las tragedias y dichas del mundo acuático. Además, nunca estaría sola, ya que los peces de aletas de plata y cuerpos pintados de vivos colores la acompañarían. Y como si todo eso fuera poco, desde allí será feliz observando el cielo a través de las aguas cálidas. Todas las noches podría mirar las estrellas del cielo a las que ella tanto admiraba.

El conejo de la luna

Quetzalcóatl, el dios grande y bueno, un día decidió salir a dar una vuelta por el mundo en forma humana. Caminó todo un día, y a la caída de la tarde se sintió cansado y hambriento. Sin embargo, no se detuvo, siguió caminando hasta que las estrellas asomaron sus primeros destellos y la luna se apareció por la ventana de los cielos. Entonces, el dios decidió tomarse un descanso a la orilla del camino.

En eso estaba, cuando vio un conejito que había salido de su madriguera a cenar.

—¿Qué comes? —preguntó Quetzalcóatl.

—Como zacate, ¿quieres un poco? —dijo el conejo.

—Gracias, pero yo no me alimento de eso.

—Y entonces, ¿qué vas a hacer? Aquí es lo único que hay —dijo preocupado el conejo.

—Posiblemente moriré de hambre y de sed.

Horrorizado ante esa posibilidad, el conejito se acercó aún más a Quetzalcóatl y le dijo con humildad:

—Mira, yo no soy más que un pequeño animalito, pero si tienes hambre, cómeme.

El buen dios se conmovió ante ese ofrecimiento, acarició al conejito y dijo:

ENID
BALAM
2012

—Tú no serás más que un pequeño conejito, pero desde hoy todo el mundo te recordará por ofrecer sin ningún otro interés tu vida por la mía.

Quetzalcóatl lo tomó en sus manos y lo levantó alto, tan alto que su figura quedó estampada en la Luna. Después, el dios lo bajó a la tierra para que observara su imagen; y le dijo:

—Mira, ahí tienes tu retrato en luz y plata, será un regalo para toda la humanidad y para toda la vida.

ENID
BALAM
2012

Las plumas del pavo real

Hace mucho tiempo, las aves no tenían la apariencia de ahora. Entre ellas siempre había problemas porque cada una pensaba que era mejor que las otras; algunas pensaban que sus cantos eran los más bellos; otras, que su plumaje tenía el mejor colorido y era más atractivo que el de las demás.

En aquella época el Gran Espíritu, el que todo conoce y todo ha creado, organizó una reunión de aves para elegir a la que tuviera la capacidad y la nobleza de gobernar a sus semejantes.

En cuanto supieron de la convocatoria, las aves comenzaron a discutir acaloradamente. Todas, al mismo tiempo, hablaban de sus virtudes, intentando convencer a las demás de ser merecedoras de tal distinción.

Xkokolch, el ruiseñor, decía desde la rama de un frondoso árbol:

—Seguramente será elegida el ave con el canto más dulce, así se logrará el acuerdo de todas y su voz dará consuelo a las que se encuentren tristes.

Cutz, el pavo montés, alegó:

—Estás muy equivocado, no es eso lo que necesitamos. Lo que se requiere para ese puesto es un ave fuerte, con carácter y energía para ordenar el caos en el que vivimos.

Chac-dzibdzib, el cardenal, gritó mientras desplegaba sus alas:

—¡De ninguna manera!, no hay otra ave que sea más capaz que yo para dirigir aquí, mi trayectoria es intachable, y todo el mundo admira mi plumaje color carmesí.

Dzul-Cutz, el pavo real, escuchaba sin decir ni una palabra a las otras aves que presumían sus características físicas. Él, que en ese entonces no tenía un hermoso plumaje, se sentía tímido por no ser atractivo y sentía una gran envidia. De pronto recordó a Puhuy, el mensajero de los caminos, quien no se había enterado de la convocatoria que había hecho El Gran Espíritu por estar de viaje, ni conocía de las discusiones que sostenían las aves. Entonces, Dzul-Cutz, el pavo real, se dirigió a la casa de Puhuy, lo puso al corriente de los sucesos del momento y le dijo con sinceridad:

—Mira, yo sé que no tengo la capacidad de concursar con el plumaje que poseo; en cambio, considero que tú tienes un plumaje hermoso, pero eres muy pequeño para ser el monarca de las aves. También pienso que te hace falta mi elegancia y gala. He venido a proponerte algo: Si me prestas tu plumaje, que prometo devolvértelo, yo podría ser el ganador del concurso, y entonces compartiríamos la fama y los honores de mi reino.

Al comienzo, el pájaro Puhuy desconfió; sin embargo, después de pensarlo un momento, se convenció. Se arrancó varias plumas y se las entregó al Dzul-Cutz. Poco a poco, esas cuantas plumas se reprodujeron hasta cubrir completamente el cuerpo del pavo real. Al cabo de unos días se le formó un espectacular vestido, compuesto de plumas brillantes con una enorme cola de color azul turquesa mezclado con los cálidos colores del atardecer.

Una vez con su bello plumaje, el Dzul-Cutz se dirigió al elegante lugar donde estaban reunidas las aves para elegir a su gobernante. Entró con el cuello erguido y contoneando su cuerpo; todas las aves quedaron sorprendidas al verlo. Incluso las que se suponían las más hermosas y consideraban ser ellas las que obtendrían el título se miraban entre sí, moviendo la cabeza de un lado a otro, expresando recelo al ver la elegancia con la que se adueñaba Dzul-Cutz del evento, mientras entonaba un afinado canturreo.

El Gran Espíritu, atónito ante la imagen del pavo real, no dudó en declararlo rey de las aves, por lo que mandó hacer correr la noticia por todos los alrededores.

Sin embargo, Dzul-Cutz no cumplió la promesa de devolver las plumas a su dueño. Unas semanas más tarde las aves encontraron al Puhuy con frío, cubriéndose debajo de un arbusto para calentarse.

El pavo real, deslumbrado con las riquezas y honores, se olvidó del favor que le había hecho su amigo.

Entonces, las aves comunicaron al Gran Espíritu lo que Dzul-Cutz había hecho; le informaron que había logrado su bello plumaje traicionando a Puhuy, y le pidieron que le impusiera un castigo por su mala acción.

El Gran Espíritu ya no podía revertir la belleza del plumaje del pavo real; en cambio, sí podía alterar el sonido que emitía.

Desde entonces, cada vez que el majestuoso pavo real abre el pico, no sale más un agradable canto de su garganta, sino un sonido feo y estridente que causa la burla de todo el reino de las aves.

La leyenda del sol y la luna

Al principio de los tiempos sólo había oscuridad sobre la tierra; para solucionarlo, se reunieron los dioses en Teotihuacan con el fin de asignar un dios que los alumbrase.

—¿Quién alumbrará al mundo? —se preguntaban.

—Yo iluminaré al mundo —contestó Tecuciztécatl, un dios poderoso y arrogante.

Después, los dioses se preguntaron:

—¿Y quién más?

Todos se miraban unos a otros sin que ninguno se atreviera a ofrecerse para aquella labor que consistía en arrojarse a una enorme hoguera que proporcionara la luz y el calor.

—¿Por qué no te animas tú, Nanahuatzin? —preguntaron al dios que era insignificante, feo y callado.

Nanahuatzin obedeció de buena voluntad.

Entonces, ambos dioses comenzaron a hacer penitencia para llegar puros al sacrificio.

Después de cuatro días, los dioses nuevamente se reunieron alrededor del fuego para presenciar el sacrificio de Tecuciztécatl y Nanahuatzin, y ordenaron:

—¡Entra al fuego, Tecuciztécatl!

Tecuciztécatl se acercó a las llamas, pero al sentir el calor de las brasas sintió miedo y no se atrevió. Cuatro veces probó, pero no pudo arrojarse.

Luego los dioses dijeron:

—¡Ea pues, Nanahuatzin! ¡Ahora prueba tú!

Y este dios, sin pensarlo, cerró los ojos y se arrojó al fuego.

Cuando el envidioso Tecuciztécatl vio que Nanahuatzin se había arrojado al fuego se tiró detrás para no sufrir la humillación de ser derrotado por un dios insignificante.

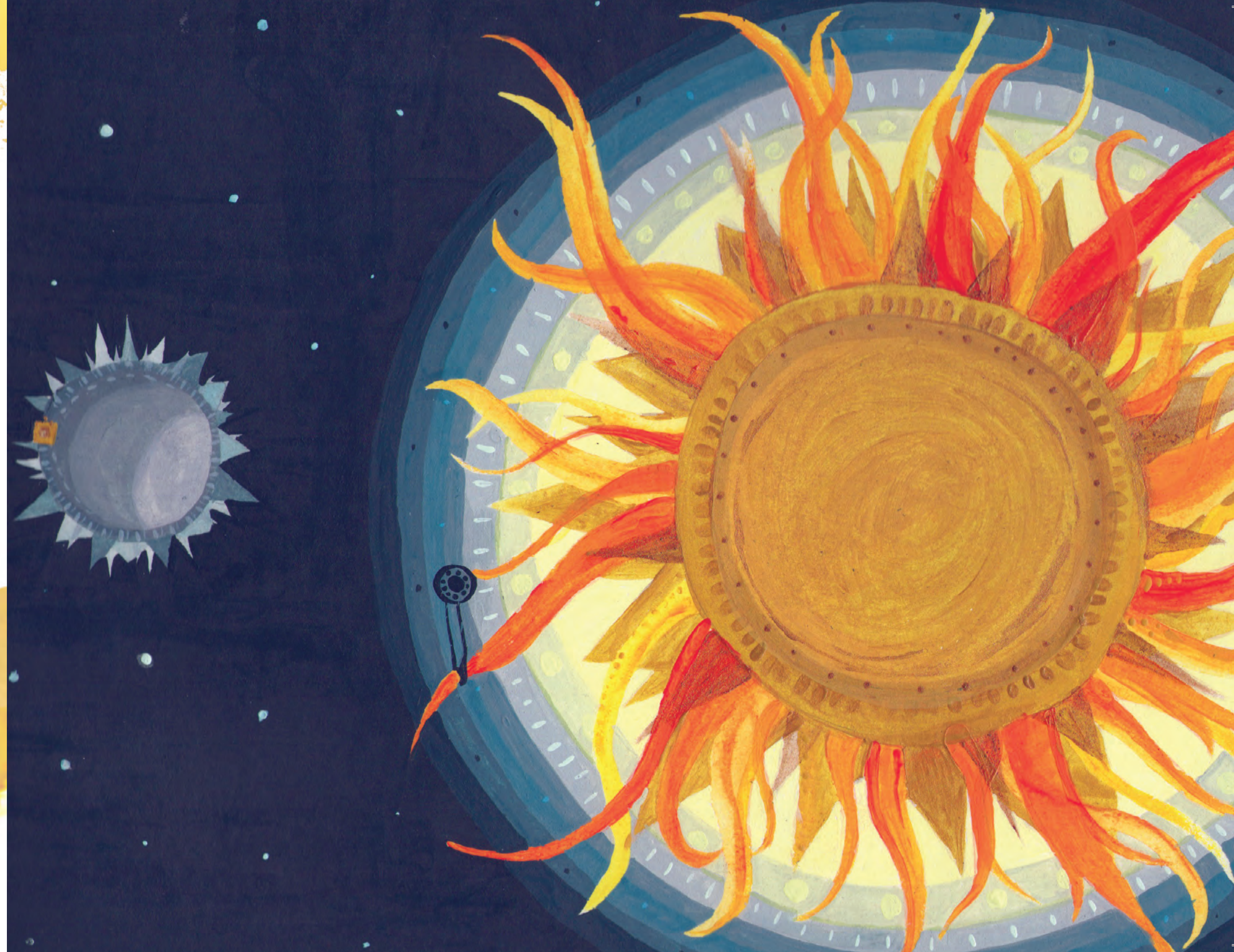
Entonces, los dioses miraron hacia el Este y dijeron:

—Por ahí aparecerá Nanahuatzin hecho sol.

Y así sucedió. Nadie lo podía mirar porque lastimaba los ojos. Resplandecía y derramaba rayos por dondequiera.

Después, apareció Tecuciztécatl hecho luna.

En el mismo orden en que entraron en el fuego, los dioses aparecieron por el cielo hechos sol y luna. Desde entonces hay día y noche en el mundo.



El Mayab

la tierra del faisán, del venado y la serpiente de cascabel

Cuando todavía no se creaba la tierra, el señor Itzamná decidió fundar un lugar que fuera tan hermoso que todo el que lo conociera quisiera vivir allí, enamorado de su belleza. Así fue como Itzamná creó El Mayab, la tierra de los preferidos.

En esta tierra sembró las más bellas flores para que adornaran los caminos; creó enormes cenotes cuyas cristalinas aguas reflejaran la luz del sol, y también profundas y enigmáticas cavernas.

Más tarde, Itzamná ofreció a los mayas la nueva tierra, y eligió a tres animales para que por siempre vivieran en El Mayab, y quien pensara en ellos también pensara en El Mayab. Los elegidos fueron el faisán, el venado y la serpiente de cascabel.

Los mayas eran felices en estas tierras, comenzaron a construir palacios y ciudades de piedra. En las selvas, los animales que escogió Itzamná no se cansaban de recorrer la inmensa extensión de El Mayab.

El faisán se elevaba hasta los árboles más altos, y su grito era tan poderoso que podían escucharle todos los habitantes de esa tierra. El venado corría ligero como el viento y la serpiente se arrastraba moviendo sus cascabeles para producir música a su paso.

Todos vivían felices en estas tierras. Pero un día, los

ENID
BALAM
2012

chilam, adivinos mayas, vieron en el futuro algo que les causó gran alarma.

Llamaron a todos los habitantes, para anunciar lo siguiente:

—Tenemos que dar noticias que les causarán mucha pena. Todo indica que en un futuro no lejano nos invadirán hombres venidos de muy lejos; traerán armas y pelearán contra nosotros para quitarnos nuestra tierra. Es posible que no podamos defender El Mayab y lo perderemos.

Al escuchar los presagios, el faisán huyó a la selva y se escondió entre las los matorrales, pues prefirió dejar de volar antes de permitir que invasores lo encontraran.

Cuando el venado escuchó lo que se aproximaba, sintió una gran tristeza; lloró tanto, que sus lágrimas formaron muchos ojos de agua. Desde entonces, el venado tiene los ojos muy húmedos, como si estuviera a punto de llorar.

Sin duda, quien más rabia sintió al saber de la conquista fue la serpiente de cascabel; ella decidió dejar de lado su música y luchar contra los enemigos; así, creó un nuevo sonido que produce al mover la cola y que ahora usa como anuncio de su ataque.

Como dijeron los chilam, los extranjeros conquistaron El Mayab. Pero aún así, un famoso adivino maya anunció que los tres animales elegidos por Itzamná cumplirán una importante misión en su tierra. Los mayas aún recuerdan las palabras que una vez dijo:

"Mientras las ceibas estén en pie y las cavernas de El Mayab sigan abiertas, habrá esperanza. Llegará el día en que recobraremos nuestra tierra, entonces los mayas deberán reunirse y combatir. Sabrán que la fecha

ENID
BALAM
2012

ha llegado cuando reciban tres señales. La primera será del faisán, quien volará sobre los árboles más altos y su sombra podrá verse en todo El Mayab. La segunda señal la traerá el venado, pues atravesará esta tierra de un solo salto. La tercera mensajera será la serpiente de cascabel, que producirá música de nuevo, y ésta se oirá por todas partes. Con estas tres señales los animales avisarán a los mayas que es tiempo de recuperar la tierra que les quitaron."

Ésa fue la mención del adivino, pero el día aún no llega. Mientras tanto, los tres animales siguen preparándose para tan importante suceso. Así, el faisán lustra sus alas, el venado afila sus pezuñas y la serpiente agita sus cascabeles. Sólo esperan el momento de ser los mensajeros que reúnan a los mayas para recobrar **El Mayab**.

EVAN BALAM
2012

FUENTES CONSULTADAS

IÑIGO y PACHECO (2008): *Mi cuaderno para leer y escribir bien cursiva y script 1.*
Editorial ECA, México. pp 48-49 y 76-77

IÑIGO y PACHECO (2008): *Mi cuaderno para leer y escribir bien cursiva y script 2.*
Editorial ECA, México. pp 34-35

http://www.guiascostarica.com/mitos/mexico.htm

http://www.mitos-mexicanos.com/leyendas-mexicanas-prehispanicas/

http://redescolar.ilce.edu.mx/redescolar/publicaciones/publi_reinos/fauna/tlacuache/leyenda2.htm

.....

Estos mitos y leyendas son del dominio público.
El libro terminó de imprimirse en noviembre de 2013.

ISBN: 978-607-7771-92-0

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

FACULTAD DE A·R·T·E·S

Investigación y Creación en Imagen Digital

RED CACINE

Red de Cuerpos Académicos que investigan sobre Cine